

DIABLO IV  
BELIAL'S RETURN

# TODO AQUEL QUE MIENTE



UN CUENTO CORTO DE  
MATTHEW J. KIRBY

HISTORIA

MATTHEW J. KIRBY

ILUSTRACIONES

ALEX MALEEV

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN ARTÍSTICA

COREY PETERSCHMIDT

ASESORAMIENTO SOBRE LA HISTORIA

IAN LANDA-BEAVERS

ASESORAMIENTO CREATIVO

MATT BURNS, NICK CHILAN, ,

DAVID LOMELI, RON MARZ

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, CARLOS GARCIA RENTA,

TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

ROD FERGUSSON, MELISSA SMITH, RAFAEL TELL,

TRADUCCIÓN

NICOLÁS MANUEL TOSO FERNÁNDEZ,

ANDRÉS URETA CERDA



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o del artista, o bien se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene control alguno sobre los sitios web o los contenidos del autor o de terceros, y no asume responsabilidad por ellos.

# TODO AQUEL QUE MIENTE

**P**o era la primera vez que el padre había usado su carretilla para trasladar un cadáver. Antes la había llenado con los restos descuartizados de sus vecinos luego de la última vez que los faunos descendieron aullando desde las cumbres. La había usado para transportar a los muertos de una aldea que, pese a la fervorosa oración de sus feligreses, acabó abrumada por la fiebre y los forúnculos. En un mundo ideal, la pequeña carreta de madera solo habría conocido la labranza honrada y el transporte de pilas de rocas o fertilizante humano. Pero el padre no vivía en ese mundo ideal. Tanto su esposa como él extraían su magro sustento del duro suelo de las Cumbres Fracturadas. Su carretilla llevaba las marcas de la plaga y del derramamiento de sangre, y ahora contenía el pequeño y frágil cuerpo de su hija.

La pareja se sentía demasiado avergonzada de su propósito como para viajar de día, así que llegaron a las ruinas bajo la luz tenue y fría de la luna menguante. Los montantes escarpados y chamuscados de la capilla caída se proyectaban hacia lo alto. El pórtico en arco donde alguna vez se habían alojado las puertas yacía abierto frente a ellos, como una boca mellada atrapada en un grito silencioso. El padre y la madre se detuvieron frente a ese umbral, mas no por indecisión, ya que ambos habían tomado ya la misma decisión, aunque por motivos distintos. Sencillamente tenían miedo de dar el siguiente paso.

Una figura encapuchada surgió de las sombras de las ruinas hacia la exigua luz

de la luna.

—Los esperábamos ayer —dijo—. Empezaba a dudar de que cumplieran con su palabra.

—No fue un viaje fácil. —El padre apoyó la carretilla en el suelo y su columna crujío al enderezarse.

—Me imagino que fue difícil —dijo la figura—. Y de aquí en adelante no hará más que ponerse todavía más difícil.

—¿Acaso intenta hacernos cambiar de parecer? —preguntó la madre.

—Para nada —contestó la figura—. A estas alturas, un cambio de rumbo solo daría como resultado una situación mucho más... desagradable.

—¿Para quién? —El padre hizo puños de sus manos ampolladas.

—Para ustedes, claro está. —La figura se acercó y desde el interior de su capa destelló el pomo de la daga que llevaba a la altura de su cintura—. Y para mí, dado que fui yo quien actuó como intermediario en este acuerdo. Ahora hay terceros involucrados y no quisiera decepcionarlos. Pero nada de eso importa en realidad. Ambos sabemos que ya llegaron demasiado lejos como para echar pie atrás.

La madre se paró frente al intermediario y elevó la mirada hacia su capucha

—Entonces dejémonos de cháchara y hagamos lo que vinimos a hacer.

El intermediario asintió.

—Supongo que en la carretilla está...

El padre echó hacia atrás la arpillería con la que había ocultado el cuerpo de su hija. Los vientos gélidos de la montaña habían retrasado la descomposición. Vestía el sudario con el que la habían enterrado y, bajo la luna, su piel pálida parecía resplandecer con el brillo de una perla. Un mechón de su fina cabellera marrón le cruzaba la cara en diagonal desde la frente hacia la mejilla; el padre lo dobló delicadamente y lo acomodó detrás de su oreja, como si solo estuviera dormida en su cama. La madre ni siquiera la miró.

—Qué niña tan hermosa —dijo el intermediario—. ¿Qué edad tenía?

—Seis años —replicó la madre.

—Déjenme expresar mi más sentido pésame una vez más...

—No necesitamos tu pésame —interrumpió el padre—. Necesitamos que tus socios cumplan con su parte del trato.

El intermediario inclinó la cabeza.

—Está bien. Los aguardan adentro.

## EL PADRE

n tiempos pasados, las ruinas habían sido una gran capilla que servía a varias aldeas. Sus paredes gruesas habían ofrecido seguridad a adoradores y suplicantes mientras los vitrales de sus ventanas brillaban en las largas noches con la promesa de esperanza, pero solo por un tiempo. Como pasa con todas las obras de los mortales, la esperanza se acabó. Tras la Gran Hostilidad, la fuerza de todas las religiones disminuyó y, como muchas otras, esta capilla ahora yacía abandonada y vulnerable a la profanación.

El intermediario guiaba el camino entre los escombros. Bajo sus pies crujían fragmentos de vidrio a medida que avanzaban entre las sombras de columnas rotas y escalaban los despojos de bancos de madera hechos añicos. El padre atisbió lo que quedaba de una santa imagen, representada en un mosaico en el suelo, y desvió la mirada rápidamente.

—¿Tenemos que hacer esto... aquí? —preguntó.

—No pensé que fuieras un hombre de fe. —sonrió burlonamente el intermediario.

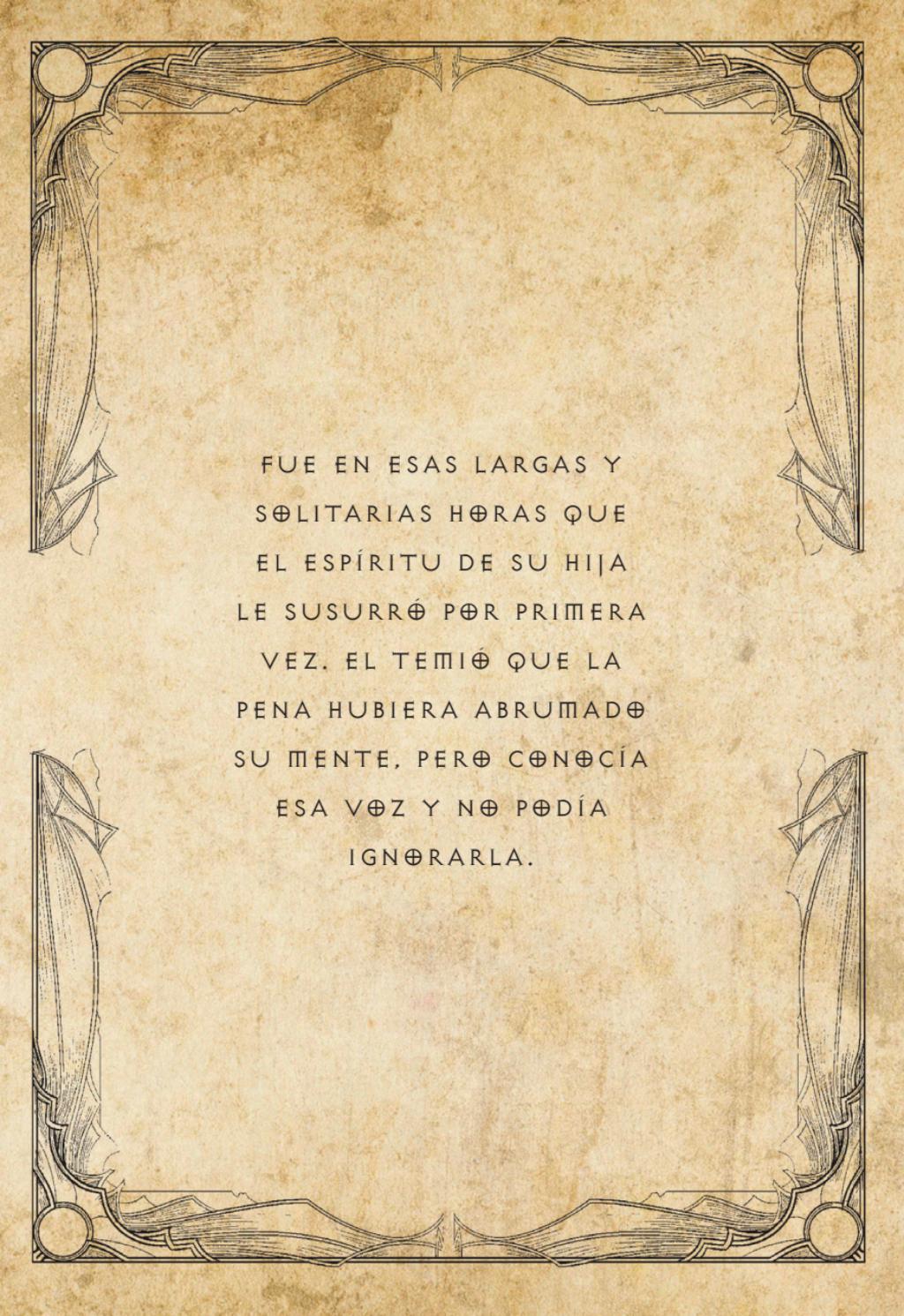
—No lo soy —dijo el padre—. Pero tampoco me parece bien profanar un lugar sin motivo alguno.

—No hay nada que temer en este lugar —contestó el intermediario—. Fue desacralizado. Cualquier santidad o poder que pudiera haber tenido esta capilla desapareció de aquí hace mucho tiempo. Es un buen lugar para hacer lo que vinieron a hacer.

Sus palabras no lograron tranquilizar al padre, pero antes de que pudiera hablar, su hija le susurró en la mente. Él la llevaba en sus brazos, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—No temas, padre —dijo a pesar de que sus labios permanecieran cerrados—. Estás donde debes estar.

Ella venía hablándole de ese modo desde la noche en que murió. Desde la noche en que la medicina de su esposa dejó de surtir efecto, cuando su hija dio su último aliento jadeante y desesperado. Él permaneció junto al cuerpo hasta mucho



FUE EN ESAS LARGAS Y  
SOLITARIAS HORAS QUE  
EL ESPÍRITU DE SU HIJA  
LE SUSURRÓ POR PRIMERA  
VEZ, EL TEMIÓ QUE LA  
PENA HUBIERA ABRUMADO  
SU MENTE, PERO CONOCÍA  
ESA VOZ Y NO PODÍA  
IGNORARLA.

después de que las velas se apagaron y de que su esposa acostó a sus otros hijos. Fue en esas largas y solitarias horas que el espíritu de su hija le susurró por primera vez. Él temió que la pena hubiera abrumado su mente, pero conocía esa voz y no podía ignorarla. Su hija clamaba por él desde el otro lado del abismo de la muerte y le hablaba de una manera de devolverla al reino de los vivos. Él había prometido recuperarla, le debía eso y más, pero tenía claro que no era buena idea hablar sobre la voz en presencia de los demás. Hasta su propia esposa pensaría que se había vuelto loco.

En un rincón oscuro de la capilla, el intermediario se inclinó para levantar una reja del suelo. Sus bisagras oxidadas chirriaron en la noche, haciendo que el padre se sobresaltara y estremeciera. Bajo la reja, una escalinata angosta descendía hacia la tierra, con sus escalones más bajos bañados por un tenue brillo rojo. El intermediario los instó a bajar con un gesto y la madre se opuso.

—Debes tomarnos por tontos si crees que bajaremos ahí contigo —dijo.

El intermediario suspiró.

—Este tipo de cosas no puede hacerse a la intemperie, incluso en un lugar como este. Dejando eso a un lado, y sin ser mi intención ofenderlos, debo decir que ustedes no son el tipo de gente al que valdría la pena atraer aquí si mi intención fuera robarles.

—Ve, padre —susurró su hija—. Baja.

El padre miró a su esposa.

—Ya llegamos hasta aquí, cariño.

—Eso no significa que debamos sumarle estupidez a nuestra insensatez. —Frunció el seño y sacudió la cabeza—. Pero supongo que...

El padre se adentró primero, seguido por la madre. A mitad de camino por las escaleras, escucharon el rechinar de la reja cerrándose detrás suyo, seguido del sonido metálico del giro de una llave en una cerradura pesada.

—Es para nuestra protección —afirmó el intermediario antes de que pudieran protestar—. Un agujero abierto en el piso sería una invitación atractiva para los horrores que habitan estos lares.

El padre y la madre reanudaron el descenso con reticencia hasta que llegaron a las criptas de la capilla. Antorchas llameantes llenaban aquellas galerías de un vaho ahumado bajo el cual el aire húmedo olía a moho. De las ofrendas y recuerdos

dejados junto a los ataúdes apilados no quedaba más que podredumbre. Algunos pocos grandes sarcófagos habían sido abiertos y saqueados por los ladrones de tumbas, dejando atrás solo huesos desperdigados. Una mujer joven y un anciano aguardaban en una pequeña cámara lateral.

El intermediario presentó a la mujer como una hechicera del poderoso clan Vizjerei. Su cabello era color carmesí y vestía togas bordadas de seda fina y raso. Sus altivos ojos verdes parecían hervir con arrogancia a la luz del fuego. El anciano permanecía de pie junto a un altar en el que ardía un pequeño brasero. Era de baja estatura, delgados cabellos blancos, ojos hundidos y traía un sencillo atuendo de lana color carbón por vestimenta. El intermediario lo identificó como un sacerdote.

—¿Un sacerdote de qué? —quiso saber el padre—.

—No pertenezco a la Catedral de la Luz, si eso es lo que te preocupa —contestó el sacerdote con una voz que sonaba como el ruido hueco de una cuchara que raspa el fondo de un caldero.

—Me sorprendería que lo fuera —terció la madre—. Ya buscamos la ayuda de la gente de la Catedral y nos dijeron que era blasfemia.

—Entonces, ¿eres un sacerdote de Rathma? —preguntó el padre—. También hablamos con uno de ellos y nos reprendió como si fuéramos niños. Dijo que le faltábamos el respeto al Equilibrio.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No soy un nigromante.

—¿Entonces qué eres? —insistió la madre.

—Es alguien dispuesto a ayudarlos —intervino el intermediario—. ¿Acaso necesitas saber más?

La madre plantó las manos en sus caderas.

—Quisiera saber, aunque sea, algo de la gente con la que estamos tratando y por qué acordaron ayudar a gente como nosotros.

El sacerdote sonrió de una manera que oscureció sus ojos, pero no agregó nada más.

—Yo responderé a esa pregunta —dijo la hechicera—. Estoy aquí por lo que me fue prometido, ¿lo tienen?

—Así es —afirmó el padre.

La hechicera extendió la mano.

—Pago por adelantado, eso fue lo que acordamos.

Con su hija en brazos, no fue fácil para el padre extraer lo que la hechicera quería.

—Vengan y dejen el cuerpo aquí, en el centro del círculo que preparé —dijo el sacerdote con tono gentil.

El padre miró hacia abajo y notó que había un intrincado anillo trazado con tiza en el suelo de la cripta. Sus sellos y símbolos arcanos parecían formar parte de un entramado de geometrías superpuestas. El padre dio un paso dentro del círculo con cuidado de no borronear las líneas con las botas y colocó a su hija en el centro. Su cuerpo quedó en posición fetal, como si sintiera frío por la piedra algente sobre la que se apoyaba. El hombre salió del círculo y extrajo de entre sus prendas una vara que parecía bastante antigua. Estaba hecha de un metal oscuro que se rehusaba a conservar el lustre y al que se le había dado la forma de una varilla delgada, alrededor de la cual se enrollaba una serpiente. No tenía gemas, o se las habrían arrancado y vendido hace mucho tiempo, pero ostentaba finas marcas talladas que no eran muy distintas de aquellas que acompañaban el círculo en el suelo.

—Esto es lo que se prometió —dijo el padre antes de ofrecer la vara a la hechicera.

Ella la tomó de su mano con lenta reverencia y la volteó en su mano, estudiando cada centímetro de ella. El sacerdote se asomó sobre el hombro de la hechicera para mirar la reliquia.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Es eso de... Viz-jun?

—Es una vara legendaria —dijo la hechicera—. Su creador fue Ranslor, jefe artesano de los Vizjerei.

Levantó la mirada hacia el padre.

—¿Cómo la conseguiste?

El hombre se encogió de hombros.

—Ha estado en mi familia por generaciones. Podría decirse que es una reliquia familiar. Dicen que la encontraron en una cueva.

—Más bien en una *tumba* —murmuró el intermediario ojeando los ataúdes saqueados, pero el padre ignoró esta afrenta a sus antepasados.

El sacerdote se restregó la quijada y luego se dirigió a la hechicera.

—Ten cuidado con esa vara. Temo que su poder sea demasiado para ti.

El comentario indignó a la hechicera.

—No tienes ni idea del poder que tengo.

—Pero aceptas esa vara como pago, ¿verdad? —preguntó el padre, quien suspiró ante el asentimiento de la hechicera.

—Pronto —susurró su hija desde el suelo—. Pronto estaremos juntos.

# LA HECHICERA

**L**a hechicera miró al anciano con irritación mientras deslizaba la vara hacia el interior de su toga.

Y qué hay de mi pago? —preguntó el sacerdote.

Su intento de condescendencia no hizo más que exasperarla. Le recordaba a los magos adustos y marchitos del cenobio de Yshari, los cobardes celosos que se escondieron detrás de su preciada alianza y usaron sus interminables reglas para contener a cualquiera que tuviera verdadero poder. Si hubieran sido menos temerosos, tal vez su cenobio no hubiera caído cuando los demonios arrasaron Caldeum.

El padre de la niña muerta le dio una pequeña bolsa de cuero al sacerdote. Este midió el peso de la bolsa en la palma de su mano.

—No me hace falta ni ver el contenido para saber que esto es solo una fracción del precio acordado —dijo.

El sacerdote cerró el puño alrededor de la bolsa de cuero. Su mirada se volvió terriblemente amenazante mientras se volteaba hacia el intermediario, cuya reputación ahora se ponía en entredicho. La hechicera no estaba segura de que el padre siquiera comprendiese el peligro al cual él y su esposa acababan de exponerse.

—La culpa es mía —admitió el padre, demostrando una insensatez o una valentía mucho mayores que las que ella había imaginado—. Sabíamos que no teníamos los medios para pagarle, pero vinimos aquí de todos modos. Esperábamos poder entablar algún tipo de acuerdo nuevo.

El sacerdote se volvió hacia él con desprecio.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Bueno, no lo sé del todo —tartamudeó el padre—. Pero siempre pago mis deudas. Tengo una espalda fuerte y trabajo con ganas.

El sacerdote sonrió.

—¿Propones ponerte a mi servicio?

El padre palideció con frustración, quizás intimidado por el tono o las palabras que usó el anciano, y la hechicera no podía culparlo. No obstante, el hombre estaba

obviamente desesperado.

—Supongo que sí —respondió.

El sacerdote se alejó del intermediario para acercarse al padre, quien logró mantenerse firme en su sitio a pesar de haberse tambaleado un poco y de encontrar difícil mirar al anciano a los ojos. Pasaron unos instantes. La hechicera miraba y esperaba. Sentía compasión por el padre, y parte de ella quería advertirle que no contrajera ningún tipo de deuda con el sacerdote, sobre todo una deuda de servicio. Pero no era asunto suyo, así que permaneció en silencio.

—Muy bien —dijo por fin el sacerdote—. Tendré esta gentileza contigo. Será un favor. A cambio, tú me harás un favor a mí.

—¿Qué favor? —quiso saber la madre.

—Un favor equitativo —aseguró el sacerdote—. Cuando llegue el momento lo sabrán. ¿Trato?

El padre dudó y luego, súbitamente, dirigió la mirada hacia el cadáver de su hija, como sobresaltado. Se quedó mirando el cuerpo de forma extraña por unos momentos y retomó la palabra.

—Trato.

—Excelente.

La actitud del sacerdote cambió por completo y recuperó la afabilidad que había demostrado al principio. Le ofreció la bolsa de cuero al padre, quien la aceptó algo desconcertado.

—Sean todos testigos de que hemos acordado un nuevo tipo de compensación y que considero resuelta la cuestión de mi pago —anunció el sacerdote.

—Somos testigos —contestó el intermediario con claro alivio en su voz.

—Y ahora —dijo el sacerdote a los padres—, les sugiero que se pongan cómodos y nos den espacio para continuar con los preparativos.

Con una mirada de despedida al cadáver de su hija, la madre y el padre regresaron a la cámara principal de la cripta acompañados por el intermediario, mientras que el sacerdote volvió al tomo que indicaba las instrucciones para el ritual. La hechicera jamás había conjurado tal hechizo ni visto un libro de este tipo de magia. Parecía bastante antiguo, con páginas decoloradas y unidas a algún tipo de pellejo terriblemente desgastado. Era poco lo que ella llegaba a descifrar de su contenido, pero el anciano parecía entenderlo bien. Este se sentó en el piso

—SE DICE QUE USTEDES  
FUERON LOS PRIMEROS  
EN INVOCAR DEMÓNIOS A  
NUESTRO MUNDO —SONRIÓ.

LA HECHICERA SOLTÓ UNA  
RISA FORZADA PARA PONER  
ÉNFASIS EN LO ABSURDO DE  
SU AFIRMACIÓN.

—ESO FUE HACE MUCHO,  
MUCHO TIEMPO.

con las piernas cruzadas para sostener abierto el pesado volumen, mientras que la hechicera se apoyó contra una pared cercana.

—¿De verdad eres un sacerdote? —preguntó.

Él no desvió la mirada de la hoja.

—Lo soy.

—Pues si no eres de la Catedral y tampoco eres un nigromante, entonces... —

Solo le quedaba una iglesia que se le ocurriera—. Tú... no eres Zakarum, ¿o sí?

Él inclinó la cabeza.

—Es como dices.

—Creí que ya no quedaba ninguno.

—Estuvimos muy cerca de desaparecer, pero quedamos unos pocos que nos mantenemos fieles a la iglesia verdadera.

El persistente desagrado que la hechicera seguía sintiendo hacia el sacerdote la llevó a mofarse de él.

—Se dice que el demonio Mefisto corrompió a tu iglesia más allá de todo remedio.

El comentario consiguió por fin que el hombre apartara la mirada del tomo y ella sintió una breve satisfacción por haberlo provocado.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó con una calma que, de algún modo, parecía transmitir burla—. ¿En verdad eres una Vizjerei?

Ella enderezó el cuello.

—Lo soy.

—Se dice que ustedes fueron los primeros en invocar demonios a nuestro mundo —sonrió.

La hechicera soltó una risa forzada para poner énfasis en lo absurdo de su afirmación.

—Eso fue hace mucho, mucho tiempo.

—Claro que sí —dijo el sacerdote—. Por eso es que, de seguro, entiendes mejor que nadie que enrostrarme los pecados de mis antepasados puede resultar ofensivo.

Su orgullo no le permitía admitir que él tenía razón, así que desvió la mirada hacia la cripta.

—¿Tu iglesia aprobaría esto?

—Hay mucha Luz en el amor de un padre —aseveró—.

LA ESPERANZA DE SU  
ESPÓSO SE SENTÍA COMO  
TENER UN ATIZADOR  
AL ROSTRO VIVO CLAVADO  
EN LAS ENTRAÑAS. ÉL  
AÚN CREÍA QUE SU HIJA  
PODRÍA VOLVER CON  
ELLOS Y ELLA NO TENÍA  
CORAZÓN NI VALOR  
SUFICIENTES COMO PARA  
DECIRLE LO CONTRARIO.  
LA OPORTUNIDAD DE  
DECIR LA VERDAD HABÍA  
QUEDADO ATRÁS HACE YA  
UN BUEN TIEMPO.

Y un momento después agregó:

—Noto que tu toga no lleva ninguno de los signos y marcas propios de alguien que completó su instrucción.

Tras eso, la hechicera se impulsó contra la pared y se movió en dirección al hombre con renovado enfado, pero solo porque decía la verdad. La habían expulsado de la orden antes de completar su instrucción, pero mantenía ese detalle en secreto.

—No tenían nada más que enseñarme —afirmó—. Así que los dejé.

—Respeto eso —dijo el sacerdote—. La búsqueda del poder exige osadía. Pero un ritual de resurrección es algo peligroso. Debo arriesgarme a offenderte y preguntar si eres capaz de llevar a cabo tu parte de él.

La hechicera sabía que el anciano planteaba una duda válida y razonable, y que merecía una respuesta honesta.

—Soy más que capaz —declaró.

# LA MADRE

**M**iientras el sacerdote y la hechicera continuaban con sus preparativos entre encantamientos murmurados, quema de objetos, y sellos trazados en el suelo y las paredes, la madre aguardaba sentada junto a su esposo y el intermediario. El humo en el aire le hacía arder los ojos y el frío de la cripta le calaba hasta la médula. Deseaba que el asunto se terminara de una vez.

—¿Cuánto falta? —preguntó al intermediario, expresando impaciencia más que una pregunta.

—No sabría decirlo. —dijo.

El hombre permanecía aún con la capucha puesta, pero ella podía ver el reflejo de la luz de las llamas en sus ojos.

—No querrás apresurarlos, ¿o sí?

—Claro que no —terció su esposo—. Deben tomarse todo el tiempo que haga falta.

La esperanza de su esposo se sentía como tener un atizador al rojo vivo clavado en las entrañas. Él aún creía que su hija podría volver con ellos y ella no tenía corazón ni valor suficientes como para decirle lo contrario. La oportunidad de decir la verdad había quedado atrás hace ya un buen tiempo. Si hubiera sabido hasta dónde terminaría llevando las cosas, hubiera sido más firme en su intento por disuadirlo del propósito que los había traído a este lugar maldito. Le hubiera ahorrado el dolor. En aquel momento, le había parecido más fácil dejarlo llevar el duelo a su manera, pero con cada paso que él daba en esta dirección, ella hallaba más difícil hablar con la verdad, hasta que simplemente fue imposible. Pero lo que había hecho, lo había hecho por él.

—Supongo que debemos llegar hasta el final —susurró ella.

Poco después, el sacerdote salió y dijo:

—Estamos listos.

La madre y el padre siguieron al anciano de vuelta a la cámara más pequeña. El círculo en el piso había sido dividido, con pequeños anillos periféricos que marcaban sus cuatro cuartos. En su centro yacía el cuerpo de su hija, ya sin su sudario y acomodado de modo tal que se encontraba acostado con la espalda contra el suelo y los brazos extendidos. Sus delicadas manos apuntaban hacia los

anillos pequeños a sus costados, mientras que su cabeza y sus pies apuntaban a los otros dos. Se veía tan pequeña... Como una muñeca con pálidas ramitas por extremidades. La madre no pudo soportarlo y desvió la mirada hacia su esposo. Él se tapó la boca ante la imagen de su hija, reprimiendo un grito ahogado, pero luego se enderezó y asintió como si estuviera de acuerdo con algo que nadie en la habitación había dicho.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó.

—Ocupen sus lugares —respondió la hechicera.

Ella ya estaba parada en el anillo correspondiente a la mano derecha de la niña. El sacerdote le indicó al padre que se parase sobre el anillo que estaba a los pies del cuerpo, y al intermediario que lo hiciera en el de la mano izquierda. La madre se dirigió al pequeño anillo cerca de la cabeza de su hija, pero mantuvo la vista al frente y evitó bajar la mirada hacia el rostro sin vida de la niña.

El sacerdote se paró frente al padre, sosteniendo un cuchillo curvo y un cuenco pequeño.

—Este ritual requiere de un poco de tu sangre. —explicó—. Extiende la mano.

Antes de ese momento no se había mencionado ninguna ofrenda de sangre, pero la madre no podía rehusarse, especialmente después de que su esposo ofreciese la suya sin atisbo alguno de duda. Cuando el sacerdote finalmente se encaminó hacia ella, pasando sobre el brazo de la niña, la madre extendió su mano con reticencia. El hombre le hizo un corte a lo largo de la parte más carnosa de su palma, no de forma muy profunda, sino lo suficientemente profundo como para que se derramaran unas pocas gotas de sangre en el cuenco. Después de colocar el recipiente y el cuchillo en el suelo, con sus dedos fríos y huesudos le envolvió la mano usando un retazo de tela a modo de venda.

—El dolor es momentáneo —dijo—. A diferencia de su pena, que pronto desaparecerá.

Volvío a tomar el recipiente, pero dejó el cuchillo en donde estaba, y se dirigió hacia el altar y su brasero ardiente. Levantó el sudario de la niña difunta y rasgó dos tiras de tela. Luego empapó la punta de una pluma negra con la sangre que acababa de reunir.

—Y ahora —dijo mirando al padre—, debes ofrecer un recuerdo de tu hija. Habla con sinceridad sobre tu amor por ella en vida.

DE PRONTO, EL AIRE DE  
LA TUMBA SE SINTIÓ  
MÁS LIGERO, COMO SI LE  
HUBIERAN QUITADO TODO  
EL OXÍGENO; EN AQUEL  
MOMENTO, SINTIÓ QUE  
LE COSTABA RESPIRAR.  
ESCUCHÓ UN ALARIDO Y  
UNA PALPITACIÓN QUE  
VENÍAN DE SU PROPIO  
CRÁNEO Y ABRUMABAN  
SUS SENTIDOS.

—¿Mi amor?

El padre bajó la mirada hacia el cadáver mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

—¿Qué puedo decir? Era la menor de mis hijos, mi niña, mi única hija, mi alegría en medio de este mundo maldito. Incluso después de enfermar, jamás perdió su sonrisa. Ella... solía inventar canciones absurdas capaces de darle ánimos a mi corazón incluso en los días más difíciles.

Parecía no poder despegar la mirada de lo que veía en el suelo.

—A... a veces todavía puedo...

—¿Todavía puedes qué? —preguntó la madre.

El padre sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—No importa. ¿Quieres saber la verdad, sacerdote? Pues la verdad es que le fallé.

No pude protegerla.

Levantó la mirada, pasando del cuerpo a su esposa que se encontraba del lado contrario del círculo. Su expresión se había vuelto tan ausente y fría como una lápida desgastada, y ella se preguntaba qué era lo que él sabía.

Mientras escribía sobre el sudario con su pluma sangrienta, el sacerdote le indicó que con eso era suficiente. Cuando acabó, hizo a un lado el primer retazo de tela, tomó el segundo y esperó.

La madre de la niña intuyó que era su turno, y aunque sabía que el ritual fracasaría, no era capaz de mentir. Cuando por fin habló, dirigió sus palabras a su esposo.

—Yo... yo la quería, ¿sabes? Pero no era lo mismo que con los muchachos. De algún modo, nunca le tomé demasiado cariño, ni ella a mí. Incluso cuando la amamantaba, se sentía como si fuera la hija de alguien más. Como si fuera una cambiaformas. Sé que está mal que una madre diga estas cosas.

Su mirada se derrumbó sobre el rostro redondeado que yacía a sus pies y, para su vergüenza y horror, descubrió que su afecto por la niña no había aumentado tras su muerte.

—¿Quieres un recuerdo, sacerdote? Recuerdo la alegría que le daba a mi esposo. Supongo que, al menos, parte de mí la quería por eso.

Nunca había dicho la verdad de forma tan directa y, cuando levantó la mirada, se encontró ante una sala estática y silente. El sacerdote había dejado de escribir. La

hechicera y el intermediario se quedaron viéndola, pero su esposo miró hacia otro lado. Sabía que acababa de romperle el corazón y que, de decir el resto de la verdad, esta lo hubiera destruido.

—¿Suficiente, sacerdote? —preguntó.

—Eso... —el hombre carraspeó—. Eso será suficiente.

Una vez que acabó de escribir el segundo pedazo de tela, pronunció algunas palabras en un idioma desconocido y colocó ambos retazos juntos en el brasero. Al quemarse, la sala se llenó de un olor acre.

—¿Por qué...? —La hechicera tosió y prosiguió—. ¿Por qué destruyes sus recuerdos?

—¿Cómo es eso? —interpeló el sacerdote.

La hechicera frunció el ceño en aparente confusión.

—¿Acaso esos recuerdos no actúan como atadura entre los padres y la hija? ¿Por qué los quemas?

El sacerdote se dirigió a ella con claro desdén.

—Si crees que me equivoqué, adelante, consulta el texto. Acepto correcciones de buen agrado.

Hizo un gesto señalando el pesado tomo que permanecía apoyado en el altar junto a él.

La hechicera tragó saliva.

—No. Estoy segura de que seguiste bien los pasos.

El sacerdote asintió, tras lo cual levantó los brazos y comenzó a hablar a coro con la hechicera. El rugido de las últimas palabras del hechizo llenó la cripta y la madre creyó escuchar susurros que retumbaban en sus oídos junto con el regreso del eco. La luz de las antorchas se debilitó, o quizás era su visión que se oscureció. De pronto, el aire de la tumba se sintió más ligero, como si le hubieran quitado todo el oxígeno; en aquel momento, sintió que le costaba respirar. Escuchó un alarido y una palpitación que venían de su propio cráneo y abrumaban sus sentidos. Creyó que perdería la razón en el abismo que se abría en su interior, pero la presión cedió repentinamente. Inhaló con desesperación y abrió los ojos.

—ESTÓ NO FUE UNA  
RESURRECCIÓN —  
SUSURRÓ HORRORIZADA  
LEVANTANDO LA VISTA  
DEL LIBRO.

## EL Sacerdote

 El ritual había cumplido con su verdadero propósito y ya no podía detenerse. Al principio, los demás no lo sabían, y bien podía ser que murieran antes de descubrirlo, pero eso no cambiaría nada. El sacerdote había servido bien a su amo.

Un espasmo sacudió al pequeño cuerpo que yacía en el piso, haciendo que la madre chillara de miedo y que el padre llorara de alegría. El hombre se arrojó al piso junto al cuerpo y, entre lágrimas, abrazó a la figura que regresaba temblorosamente a la vida.

—¡Respira! —exclamó—. ¡Está viva!

—No. —La madre seguía de pie con los ojos y la boca abiertos—. No puede ser.

Su esposo pareció no escucharla, o quizás estaba escuchando algo que hablaba más alto en su cabeza.

—Tenías razón —susurraba—. Tenías razón.

La madre cayó de rodillas con la espalda y los hombros encorvados. El cuchillo del sacerdote yacía frente a ella.

—Estúpido —susurró ella—. ¡Nos condenaste!

El padre levantó la mirada. Las líneas que sus lágrimas habían dejado al rodar sobre la mugre de su cara le marcaban el rostro mientras parpadeaba confundido.

—¿Que nos *condené*? ¡Pero si el hechizo funcionó! ¡Está viva!

—¡Y por eso ahora vamos a morir! —contestó gritando la madre, cada vez más desenfrenada e histérica.

La hechicera se le acercó.

—¿A qué te refieres?

La madre palideció por el terror y la impotencia.

—Siempre fue enfermiza. Parecía lo correcto o... digo, no era lo *correcto*, pero era lo mejor.

Se agarró el estómago y empezó a mecerse.

—Lo hice por nosotros —gimoteó—. *¡Lo hice por nosotros!*

—¿Qué hiciste? —preguntó su esposo.

La madre reveló lo que el sacerdote ya sabía.

—Hace dos semanas soñé que salía a recoger leña y un lobo me sorprendió sola en el bosque... Era una bestia monstruosa. Nunca había visto algo igual, creí que

me haría pedazos. Pero no era un lobo común. Sus ojos ardían y podía hablar. Te lo juro, era real, ¡y el lobo me *habló*!

—¿Qué te dijo? —exigió saber la hechicera.

El solo recuerdo hizo temblar a la madre.

—Dijo que cazaría a todos los que amo, a mi esposo y a mis hijos, y que los devoraría lentamente. Dijo que les chuparía la médula de los huesos mientras todavía seguían vivos... a menos que hiciera lo que me pidió.

—¿*Qué hiciste?* —repitió su esposo.

—El lobo prometió que nos perdonaría la vida a los demás si...

—¿*Si qué?* —bramó el padre, sobresaltando a la madre.

—¡Si sacrificaba a nuestra hija menor! —dijo—. Ella... ella habría muerto de todos modos, ¿no lo ves? Y estaba tan cansada de cuidarla, ¡No era más que una carga para nosotros!

Al escuchar esto, la hechicera miró al sacerdote. Luego, cruzó la cámara a toda prisa en dirección al altar, agarró el tomo antiguo y lo abrió. El sacerdote no hizo nada por detenerla. Si hubiese tenido el conocimiento y la habilidad para leer el libro, jamás hubiera permitido que el ritual comenzara; sin embargo, aunque dedujese la verdad, para este punto no tendría el poder de hacer algo al respecto.

—La... la envenenaste. ¡Y todo por un sueño?

El padre sacudió la cabeza como si el pensamiento que lo invadía no cupiese en ella y continuó:

—¿Sacrificaste la vida de tu hija para salvar la tuya?

—¡No! —gritó con llanto—. ¡Para salvar la tuya! ¡Para salvar la de nuestros hijos!

—Se apretó la frente con ambas manos—. Pero lo deshicimos, ¿no lo ves? ¡Ahora el lobo vendrá por nosotros! ¡Nos devorará!

La mujer vio el cuchillo en el suelo y, en un arrebato de terror, lo tomó y arremetió contra su hija para sacrificarla por segunda vez.

El padre también actuó sin pensarlo y se lanzó para interceptar a su esposa. Chocaron y cayeron al suelo en un confuso forcejeo, agarrándose, rasguñándose, suplicando y gritando. Y luego la madre soltó un único grito. Su esposo se alejó de ella dejando ver el cuchillo que le había clavado en la parte alta del pecho, entre el corazón y la garganta. Sus ojos se agrandaron y su mandíbula temblaba mientras, desde la garganta, se le escapaban siseos y gorgoteos. El esposo soltó un alarido y

se apresuró a volver junto a ella, pasando suavemente la punta de los dedos por su mejilla, su garganta y el mango del cuchillo. No dijo nada, ni *hizo* nada, hasta que la mujer murió en sus brazos.

Todo esto ocurrió en cuestión de segundos, durante los cuales el sacerdote se mantuvo estoico. Notó que el intermediario había retrocedido, permitiendo también que se dieran los acontecimientos. En cuanto a la hechicera, incluso si la pareja le hubiera importado lo suficiente como para intervenir, estaba demasiado consumida por lo que comenzaba a comprender.

—Esto no fue una resurrección —susurró horrorizada levantando la vista del libro.

—¿No? —preguntó el sacerdote—. Entonces cuéntanos, Vizjerei, tú que no tenías nada más que aprender de tus maestros, ¿qué era?

—¿Papá? —dijo el cuerpo de la niña, abriendo por fin los ojos.

—¡Aquí estoy! —El padre dejó a su esposa muerta y se apresuró a volver al lado de su hija, cubierto de la sangre de su madre—. Aquí estoy, hijita hermosa.

La hechicera extrajo la vara ancestral de sus togas.

—Esa *no* es tu hija —le dijo—. Aléjate de esa cosa. Ahora.

—¿De qué estás hablando?

Habiendo perdido la razón, el padre acariciaba la frente de su hija y le alisaba el cabello.

—Mírala. ¿Quién más puede ser?

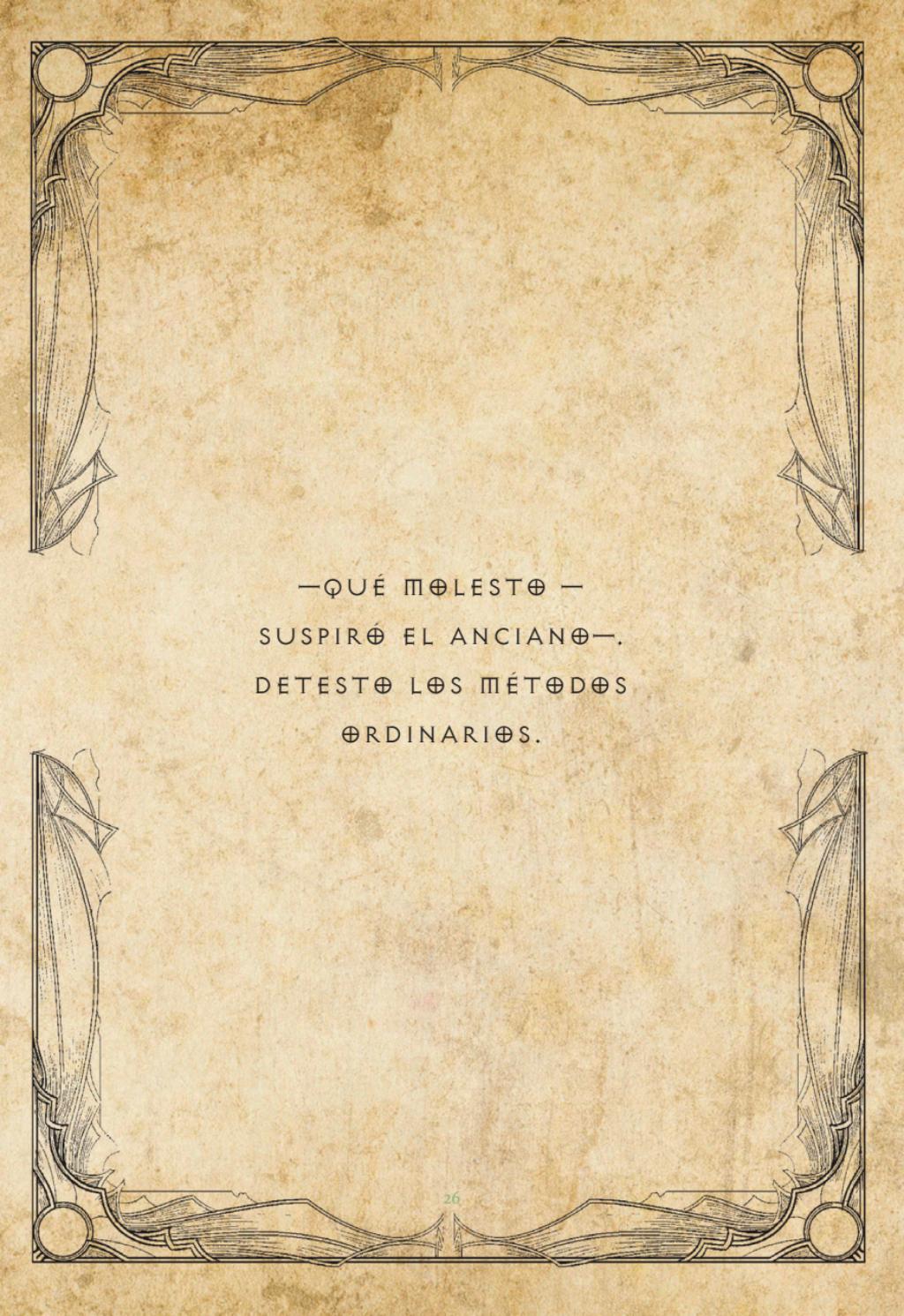
—No lo sé —dijo la hechicera, alejándose del altar y del sacerdote mientras apuntaba la vara al cuerpo de la niña—. Solo puedo leer una fracción del hechizo. Pero te digo que no fue una resurrección. Fue una *invocación*.

—No lo entiendes —dijo el padre—. Lleva hablándome todo este tiempo, guiándome a cada paso. Ella me trajo hasta aquí para que pudiera traerla de vuelta.

—Te engañaron —dijo la hechicera con voz temblorosa—. Nos engañaron a *todos*. Pero todavía tenemos tiempo. Puedo destruir el cuerpo antes de que la posesión se complete. Hazte a un lado o me veré forzada a destruirlos a ambos.

—De verdad crees que *tú* puedes destruirlo? —preguntó el sacerdote.

La hechicera corrigió su postura y la forma de empuñar la vara; el sacerdote podía ver cómo empezaba a dudar de sí misma, veía el miedo a la propia incompetencia que mantenía oculto incluso de ella misma.



—QUÉ MOLESTÓ —  
SUSPIRÓ EL ANCIANO.—.  
DETESTÓ LOS MÉTODOS  
ORDINARIOS.

—¿De verdad crees que eres capaz? —preguntó con desprecio, provocándola—. Puede que en verdad tengas un gran poder, pero no eres más que una niña sin disciplina. No tienes paciencia. Eres demasiado cobarde como para reconocer lo que no sabes, y es por eso que repetiste el gran pecado de tus antepasados.

—No —susurró la hechicera.

Desesperada, se volvió hacia el intermediario, quien se mantenía apartado en las sombras.

—¡Tenemos que detener esto!

—¿Tenemos? —preguntó—. Mi participación en este asunto ha terminado.

La hechicera le espetó un insulto, luego apuntó la vara ancestral hacia el cuerpo y lanzó un hechizo. El sacerdote imaginó que intentaba lanzarle una descarga de fuego, pero, en vez de eso, las llamas se dispararon contra ella, envolviéndola e incendiando su toga. La hechicera gritó y cayó al suelo, girando y retorciéndose, quizás intentando apagar el infierno en el que se veía inmersa. El aire se llenó de un humo con olor a carne. Tambaleándose, logró ponerse de pie y escapar corriendo de la cámara, chillando incesantemente, como un animal.

El intermediario sacó su daga y la siguió sin decir ni una sola palabra, mientras que el sacerdote se acercó al lugar donde había dejado caer la vara ancestral. Se preguntaba si estaría caliente, pero al levantarla notó que estaba lo suficientemente fría como para hacer que las artríticas articulaciones de sus dedos se sintieran inmediatamente adoloridas. El padre estaba sentado en el suelo, al lado de su esposa muerta y sosteniendo el cuerpo de su hija, aparentemente ajeno a todo lo demás.

Un momento después, la hechicera dejó de gritar.

Luego, el intermediario volvió a la sala sacudiendo su cabeza.

—Puede que semejante escándaloatraiga atención indeseada.

Su daga estaba cubierta de un hollín ensangrentado y, cuando notó la vara en la mano del sacerdote, apuntó a ella con la hoja.

—Voy a quedarme con eso.

LOS MORTALES MIENTEN  
POR CUALQUIER COSA.  
MIENTEN POR VERGÜENZA.  
MIENTEN POR MIEDO.  
MIENTEN PARA SACIAR SU  
AMBICIÓN Y SU CODICIA.  
ESO LOS CONVIERTEN A  
TODOS EN MIS HIJOS.

# EL INTERMEDIARIO

 El sacerdote se burló.

—Esta reliquia debería estar en manos mucho más capaces que las tuyas.  
¿Qué piensas hacer con ella? ¿Venderla?

El tono del intermediario se volvió más sombrío.

—Ya sea que la venda, la cuelgue en el dintel de mi casa o la use para limpiar mi bacinilla, no es asunto tuyo. Los términos que aceptaste ya se cumplieron. Esa vara no era parte de tu pago.

—No tengo pensado negociar por ella —dijo el sacerdote antes de lanzar una maldición chupasangre con un grito gutural.

El intermediario no era estúpido. Había entrado a la cripta preparado, y el amuleto que llevaba alrededor del cuello —que le había costado casi tanto como lo que obtendría por la vara— fue capaz de escudarlo contra la magia oscura del sacerdote.

—Qué molesto —suspiró el anciano—. Detesto los métodos ordinarios.

El intermediario arremetió contra él, esperando acabarlo antes de que intentase usar un hechizo diferente que sobrepasara los límites del amuleto, pero el sacerdote era más ágil de lo que aparentaba. Esquivó la daga y saltó al lado opuesto de la sala. Entre ambos, en el piso, el padre había recuperado suficiente capacidad de raciocinio como para proteger el cuerpo de la niña con el propio, creyendo aún que se trataba de su hija.

—¡Tú! —le gritó el sacerdote—. ¡Paga tu deuda y mata a ese hombre!

Incluso si el padre hubiera obedecido, el intermediario no tenía mucho que temer de un campesino. Sin contar el cuchillo atorado en su esposa, el hombre estaba desarmado y disociado por la pena. Pero el padre sorprendió al sacerdote al no hacer nada. Simplemente miró al anciano con la expresión estúpida de un tonto.

—¡Levántate! —exigió el sacerdote—. ¡Mátalo!

El intermediario aprovechó la confusión del momento y cruzó hasta el otro lado de la cámara para atravesar al anciano. Impactado, el sacerdote gruñó y



bajó la mirada hacia el cuchillo clavado en sus costillas. La vara de metal cayó estridentemente contra la losa. El sacerdote tomó el gavilán de la daga con ambas manos, aunque débilmente, y no supo qué hacer con él. Luego volvió la vista hacia el rostro del intermediario y levantó sus blancas cejas con incredulidad.

—¿Qué? —preguntó el intermediario—. ¿Acaso tu amo te prometió que saldrías de aquí con vida?

El sacerdote intentó decir algo, pero la sangre que se le juntaba en la boca lo obligó escupirla y así teñir sus prendas de rojo. El intermediario dio un paso atrás y extrajo su daga, tras lo cual el sacerdote se desplomó.

—Bien hecho —dijo el cuerpo de la niña.

El padre le dirigió una sonrisa.

—No hice nada, fue...

—Tú no —dijo mirando al intermediario.

El padre se enderezó con la cabeza ladeada y sonriendo perplejo. Su delirio era casi digno de compasión.

—Esa no es tu hija —aseguró el intermediario.

—Es el Señor de las Mentiras —afirmó la voz rasposa que venía del bulbo que era el sacerdote agonizante—. Belial.

El intermediario se rio entre dientes.

—Conque *sí* lo sabías.

—Por supuesto que... lo sabía. —El sacerdote tosió, cubriendo la losa de sangre—. Fui *enviado*.

Belial hizo que el cuerpo de la niña muerta se pusiera de pie y usó su boca para hablarle al sacerdote.

—Tú también me has servido bien.

El sacerdote hizo una mueca y gruñó de dolor al retorcer su cuerpo para mirar al demonio.

—Yo... no soy *tu...* sirviente.

Belial se rio.

—Todo aquel que miente es mi sirviente.

Al sonido de pies suaves y pequeños, el demonio avanzó hacia el sacerdote.

Luego se agachó junto a él y susurró:

—¿Crees que no soy consciente de aquel al que *crees* que sirves?

—El sacerdote colapsó ya sin fuerzas y su mejilla se hundió en un charco de su propia sangre. Apenas podía hablar, pero con su último aliento susurró:

—Tú... eres *su...* sirviente.

El padre de la niña muerta se puso de rodillas en el suelo con los brazos colgando cual cuerdas inertes.

—Hija? ¿Qué... qué son esas cosas malignas que dices?

A través de la garganta de la niña, Belial soltó una carcajada grave que parecía arrasar las paredes de la cripta.

—Ni siquiera ahora dejas de mentirte.

El Señor de las Mentiras brincó en dirección al hombre y se inclinó para vociferarle en la cara como si el niño fuera él.

—Tu hija está *muerta*. Tu esposa la asesinó. Pero ya sabías eso, ¿no es así? Fracasaste en protegerla y por eso hiciste exactamente lo que te dije. Fue por eso que pusiste su cadáver en una carretilla y lo trajiste ante mí. ¿No lo entiendes? Tú y tu esposa, la hechicera, el sacerdote, e incluso el intermediario que los reunió; todos llegaron aquí gracias a sus mentiras. Los mortales mienten por cualquier cosa. Mienten por vergüenza. Mienten por miedo. Mienten para saciar su ambición y su codicia. Eso los convierte a todos en *mis* hijos.

—No —dijo el padre sacudiendo la cabeza como si no tuviera huesos en el cuello—. ¡No, hijita, por favor!

Se abalanzó y abrazó desesperadamente al demonio, sollozando sobre la camisa blanca de la niña muerta.

—¡No puedo creerlo! ¡No voy a creerlo!

—No importa lo que creas.

Dichas esas palabras, el demonio rodeó al hombre con sus brazos y lo apretó tan fuerte que le quebró las costillas. El padre habría gritado, pero el aire se le había escapado de los pulmones y solo podía mirar hacia el techo abovedado de la

cripta, boquiabierto y con los ojos, unos ojos que al fin veían la verdad, inyectados de sangre.

El demonio usó a voluntad la carne viviente del hombre, metiéndose en ella y a través de ella, abriéndose camino por el suelo con palmas y uñas. La cámara resonó con el sonido de la carne desgarrándose al paso de cuernos y extremidades espinosas que surgían de la masa temblorosa, por bocas grotescas y ojos redondos; hasta develar el aspecto completo de Belial.

El intermediario se arrodilló y bajó la cabeza.

—Ordéname, amo.

Belial carcajeó.

—¡¿Te postras esperando que te perdone la vida?!

—Soy tuyo, amo, haz conmigo lo que te plazca —dijo el intermediario—. *Todo Santuario te pertenece.*

—No —dijo Belial—. Mefisto aún recorre esta tierra, sembrando sus semillas. Pero ahora estoy aquí. Santuario no es mío. Aún no.

El intermediario se atrevió a levantar la vista con reverencia hacia el horror que tenía frente a él.

—Pero... todo aquel que miente es tu sirviente.

La forma cambiante de Belial flotó hacia el altar.

—Sus mentiras no son suficientes. Santuario solo será mío cuando sus hijos dejen de creer que existe tal cosa como la verdad. —Belial se volteó—. Es por eso que vivirás, por ahora. Toma esa vara. Ve y difunde mi evangelio.

El intermediario inclinó la cabeza una vez más.

—Con gusto, mi señor.

# ACERCA DEL AUTOR

Matthew J. Kirby es un escritor premiado y aclamado por la crítica, autor de varias novelas entre las cuales se cuentan *The Clockwork Three*, *Icefall*, *The Lost Kingdom*, *A Taste for Monsters* y *Star Splitter*. También ha escrito obras tanto del universo de Diablo, como *Book of Lorath* y *Book of Prava*, así como también del universo de Assassin's Creed. Sus trabajos han recibido diversos reconocimientos, que incluyen el premio Edgar a la mejor obra de misterio para jóvenes y el premio PEN Center USA de literatura infantil. Actualmente vive con su familia en Idaho.